

JORDI LATORRE CASTILLO, SDB*

EL CONTEXTO LITÚRGICO COMO CLAVE HERMENÉUTICA ECLESIAL DEL EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN

Fecha de recepción: junio de 2016

Fecha de aceptación y versión final: noviembre de 2016

RESUMEN: El autor propone tener en cuenta el contexto litúrgico en el que se proclaman y comentan las perícopas joánicas como clave hermenéutica necesaria para la actualización del texto bíblico. Pone el ejemplo de las perícopas de la Samaritana, del Ciego de nacimiento, de Lázaro, de la piscina de Betesda, y del Funcionario de Cafarnaún, y analiza su uso litúrgico en la liturgia romana actual y en las liturgias ambrosiana, hispánica y bizantina. Muestra cómo estas perícopas adquieren connotaciones diversas en el contexto de las otras perícopas joánicas de los tiempos de Cuaresma y Pascua. Concluye señalando que el contexto litúrgico no anula la aproximación exegética a los textos bíblicos, sino que la sostiene y la complementa.

PALABRAS CLAVE: Juan; hermenéutica; leccionario; romano; ambrosiano; hispánico; bizantino.

* Director y profesor en el Instituto Superior de Ciencias Religiosas Don Bosco de Barcelona: jordi.latorre@salesianos.edu.

The liturgical context as ecclesial hermeneutical key of the gospel according to John

ABSTRACT: The author proposes to consider the liturgical context in which the Johannine pericopes are proclaimed and commented as a hermeneutical key necessary for updating the biblical text. He gives the example of the pericopes of the Samaritan woman, the man born blind, the raising of Lazarus, the paralytic at the pool of Bethzatha, and the son of an Officer from Capernaum, and analyzes its liturgical use in the present Roman liturgy and in the Ambrosian, Hispanic and Byzantine liturgies. The author shows how these pericopes acquire different connotations in the context of the other Johannine pericopes of time of Lent and Easter. It concludes that the liturgical context does not negate the exegetical approach to biblical texts, but sustains and complements it.

KEY WORDS: John; hermeneutics; lectionary; roman; ambrosian; hispanic; byzantine.

La exégesis acostumbra a interpretar los textos bíblicos bien en su contexto original, principalmente a través de los denominados Métodos Histórico Críticos, o bien en el propio contexto escriturístico, a través de los distintos análisis sincrónicos de carácter lingüístico, narrativo o retórico¹. De esta manera podemos aproximarnos, bien al sentido original del texto bíblico, bien al plus de significado que la interrelación de los textos en el conjunto del *corpus* escriturístico aporta a los textos en cuestión.

Sin embargo, parece cada vez más necesario introducir en la interpretación de los textos bíblicos la perspectiva de la comunidad lectora de esos mismos en el hoy de nuestra fe. La lectura eclesial de los textos bíblicos aporta, igualmente, un plus de significado que no sólo amplifica el aportado por el contexto original o el contexto literario del texto en su *corpus* bíblico, sino que lo plenifica, dándole un sentido más vital: el texto bíblico alimenta así la fe de la comunidad eclesial que lo proclama y lo interpreta en su seno.

Afirma Benedicto XVI: «En cierto sentido la hermenéutica de la fe respecto de la Sagrada Escritura debe tener siempre como punto de

¹ El presente artículo amplía notablemente la ponencia pronunciada en catalán en la Facultad de Teología de Cataluña, en el seno de la Jornada académica sobre el evangelio de Juan (Barcelona, 12 de mayo de 2016) con el título «La lectura litúrgica de l'evangeli de sant Joan».

referencia la liturgia, en la que se celebra la palabra de Dios como palabra actual y viva»².

La lectura eclesial de la Escritura se ha expresado, a lo largo de la historia, fundamentalmente, aunque no exclusivamente, en dos direcciones: en el establecimiento del Canon bíblico, y en la confección de los leccionarios litúrgicos de los distintos ritos. Dada la pluralidad de comunidades eclesiales –sin menoscabo de su unidad esencial– la historia ha mostrado la existencia de distintos cánones bíblicos, así como también una diversidad de ritos litúrgicos, y, consiguientemente, de leccionarios.

El discernimiento del Canon de la Sagrada Escritura ha sido el punto de llegada de un largo proceso, que ha corrido en paralelo con el de la formación de los leccionarios litúrgicos de las diversas iglesias³. De hecho, el uso litúrgico ha sido determinante en la formación del Canon: los concilios no hicieron otra cosa que recoger el uso litúrgico. Liturgia y Canon han corrido de la mano.

Los Padres de la Iglesia, dado su papel fundador en la tradición viva de la Iglesia, han tenido un papel particular, tanto en el proceso de formación del Canon, como en la formación de los leccionarios litúrgicos de sus iglesias. Este papel de los Padres fue acompañando y guiando la lectura y la interpretación que la Iglesia ha ido haciendo de las Escrituras⁴.

No nos interesa ahora el progreso del Canon bíblico, pero sí el papel hermenéutico de la liturgia con respecto a la Sagrada Escritura.

1. LA INTERPRETACIÓN DE LA ESCRITURA EN EL CONTEXTO LITÚRGICO

Afirma el documento *La interpretación de la Biblia en la Iglesia*, de la Pontificia Comisión Bíblica (1993): «La liturgia, y especialmente la liturgia sacramental, de la cual la celebración eucarística es su cumbre, realiza la actualización más perfecta en los textos bíblicos, ya que ella

² *Exhortación apostólica postsinodal «Verbum Domini» sobre la palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia* (30 de septiembre de 2010), n. 52.

³ Cf. PONTIFICIA COMISIÓN BÍBLICA, *La interpretación de la Biblia en la Iglesia*, Roma 1993, III: Dimensiones características de la interpretación católica. B. 1 Formación del canon.

⁴ Cf. *Providentissimus Deus*, EB 110-111; *Divino Afflante Spiritu*, 28-30, EB 554; *Dei Verbum* 23.

sitúa su proclamación en medio de la comunidad de los creyentes reunidos alrededor de Cristo para aproximarse a Dios»⁵.

La interpretación del texto bíblico no es completa si no revela su sentido en el contexto del horizonte actual del lector. Por lo que la interpretación del texto bíblico debe desembocar en la actualización de su significado en el hoy de cada generación creyente.

La actualización del sentido del texto se basa en una fidelidad dinámica de tensión entre el sentido original del texto y el nuevo sentido del texto que le viene de su contexto canónico, así como del contexto litúrgico y cultural de la comunidad creyente lectora.

El fundamento de la actualización lo constituye la unidad en el tiempo entre la comunidad autora y lectora del texto bíblico. El pueblo hebreo, comunidad creyente que experimenta su historia como salvífica y reveladora de Dios, y que expresa esa experiencia creyente en el texto bíblico, se continúa ininterrumpidamente en la comunidad judía y en la comunidad cristiana actual. Se da, pues, una especie de personalidad corporativa continua entre autor y lector del texto bíblico.

El objeto de actualización no es un texto inanimado, sino una experiencia personal, de la que el texto es mediación: la suscitada por Jesús de Nazaret, muerto, resucitado y vivo en la comunidad creyente de discípulos, la Iglesia. Por ello, la actualización eclesial de la Escritura no se traduce en un nuevo texto, sino en la vida de la Iglesia y de cada creyente, como sacramento de la presencia del Resucitado en la historia.

El sujeto de la actualización es la comunidad creyente lectora, continuación de la comunidad creyente autora del texto bíblico.

El lugar de la actualización es también el seno de la comunidad lectora. Hay ámbitos específicos de actualización: a) el primero de ellos es la celebración litúrgica, en la que la comunidad expresa sacramentalmente la unión con el Resucitado que se hace presente en la palabra proclamada y en el signo sacramental; b) la profundización del mensaje de la Escritura en la evangelización, en la catequesis, y en la reflexión teológica; c) en la praxis existencial de la comunidad: en la ética, en la pastoral, en el servicio asistencial.

La interpretación y actualización personal de la Escritura no es una práctica individual sino comunitaria, ya que el cristiano se sabe parte de

⁵ Cf. IV parte, apartado C. Por cierto, llama la atención que dicho documento, que sitúa en el contexto litúrgico la actualización «más perfecta» del texto bíblico, olvida la Liturgia al tratar la relación de la exégesis con las otras disciplinas teológicas.

la comunidad creyente, y es en el contexto de esa comunidad que realiza su interpretación personal.

La actualización eclesial es fundamentalmente tipológica porque se descubre una correspondencia de similitud entre la realidad bíblica (situación, o acontecimiento, o personaje, o institución) y la realidad eclesial actual.

Somos conscientes de que la tipología no se contrapone a los métodos histórico-críticos ya que éstos se proponen llegar al sentido más objetivo posible del texto, mientras que aquella se propone acercar el texto al hoy de la comunidad eclesial en base a la analogía tipológica existente entre los acontecimientos salvíficos del pasado y la vida de la comunidad actual, a fin de garantizar el valor salvífico de la vida (ética) y de la celebración (liturgia).

2. EL LECCIONARIO COMO APUESTA HERMENÉUTICA DE LA ESCRITURA

El signo de la presencia de la palabra de Dios en la celebración litúrgica es el libro del leccionario, recuperado como libro litúrgico propio por la reforma litúrgica del Concilio Vaticano II, que resaltó la importancia objetiva de la presencia de la palabra de Dios proclamada en la liturgia⁶.

El leccionario constituye el modo habitual y propio que tienen las Iglesias de leer en las Escrituras la palabra viva de Dios, siguiendo los hechos y las palabras de salvación cumplidos por Cristo y narrados en los evangelios⁷.

El leccionario actual es el resultado de la profundización e interpretación litúrgica que las Iglesias han ido haciendo en cada tiempo y lugar, guiadas por la luz del Espíritu Santo. Esto explica que cada Iglesia, o cada rito dentro de la misma Iglesia, hayan elaborado su propio leccionario a lo largo de la historia.

El leccionario supone la selección y ordenación de los textos de la Sagrada Escritura para las celebraciones litúrgicas de las Iglesias a lo

⁶ Cf. SC 7, 24, 33, 35...; DV 21, 23, 24, 25.

⁷ Cf. J. LÓPEZ MARTÍN, *Leccionario de la Misa*, en D. SARTORE – A. M. TRIACCA, *Nuevo Diccionario de Liturgia*, Madrid 1987, 1103-1113; y P. SORCI, *Lezionario per l'Eucaristia*, en M. SODI – A. M. TRIACCA, *Dizionario di Omiletica*, Roma 1994, 790-795.

largo del año cristiano y de sus ciclos. Esta selección y ordenación de los textos se realiza a partir de criterios bíblicos, teológicos y pastorales de la comunidad eclesial. Algunos de estos criterios se prolongan en el tiempo y forman parte de la tradición de las Iglesias, otros, en cambio, obedecen a situaciones o sensibilidades cambiantes en el tiempo. Basta comparar, por ejemplo, el leccionario de la misa en el Misal de Pío V y el de Pablo VI, para percatarnos de las constantes que se mantienen y las novedades que se introducen.

Por lo que se refiere al rito romano, puede decirse que el ordenamiento de lecturas que aparece en el *Missale Romanum* de 1570, y que se mantuvo casi inalterable hasta 1970, es prácticamente el mismo que se advierte en los más antiguos *Comes* y *Capitularia* romanos; especialmente por lo que se refiere a las semanas que van de septuagésima a pentecostés. Esto quiere decir que durante casi trece siglos, la parte nuclear e importante del leccionario de la misa permaneció inalterable, y fue sustanciado el uso litúrgico y la comprensión eclesial de la Sagrada Escritura, así como la piedad cristiana a lo largo de todo este tiempo.

Después de cuatro siglos, el actual Misal de Pablo VI ha recuperado la pluralidad de libros al publicar por separado las oraciones de la misa, y la rica selección de textos escriturísticos que acompañan a esas oraciones: de esta forma distinguimos hoy entre el Misal y el Leccionario, publicado éste en varios volúmenes.

En el actual leccionario romano, la totalidad del NT y una buena parte del AT se encuentran dispuestos para nutrir la fe de las comunidades locales, en todo el conjunto que está actualmente en vigor en la Iglesia Católica: el Leccionario de la Misa, los Leccionarios de los diversos rituales de los sacramentos y de las otras celebraciones, y en el doble Leccionario, anual y bienal, del Oficio Divino o Liturgia de las Horas.

Actualmente los leccionarios de la Iglesia católica latina –dejamos de lado los leccionarios de la Iglesia católica de rito griego o eslavo, que siguen fundamentalmente los postulados del leccionario bizantino– son tres: el romano, el ambrosiano y el hispano.

3. EL EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN EN LOS LECCIONARIOS LATINOS Y BIZANTINO

Los tres leccionarios latinos actuales y el bizantino reservan unánimemente la lectura del evangelio según san Juan para el ciclo de Cuaresma y Pascua, mientras que los otros evangelios sinópticos, en cambio, se reservan para la lectura en los otros tiempos litúrgicos del año cristiano, según modelos y distribuciones propias en cada rito litúrgico. Ello muestra, de entrada, que el evangelio según san Juan ha sido visto por las diversas tradiciones eclesiales, testimoniadas en los leccionarios, como el evangelio específico del Misterio Pascual de Cristo.

Sin embargo, la manera que hacerse presente el evangelio según san Juan en cada uno de estos ritos difiere levemente. Veamos, rápidamente, la selección de las perícopas joánicas por parte de los leccionarios romano, ambrosiano, hispano y bizantino.

El Leccionario de la Misa en el rito romano actual, nacido de la reforma de Pablo VI, impulsada por el Concilio Vaticano II, propone tres ciclos dominicales de lecturas. Sólo uno de ellos, el denominado Ciclo A, nos presenta tres lecturas joánicas para los domingos III a V de Cuaresma: Jn 4,5-42 (domingo III), Jn 9,1-38 (domingo IV), y Jn 11,1-45 (domingo V). El Ciclo C, dedicado al evangelista Lucas, contiene el episodio de Jn 8,1-11 (domingo V). Mientras que para el tiempo de Pascua, el leccionario dominical romano selecciona, en sus tres ciclos, una mayoría de perícopas joánicas de los capítulos 20 (domingo de Pascua: v.1-9, de la Octava: v. 19-31, y de Pentecostés: v. 19-23), 21 (domingo III/C), 10 (domingo IV), 13, 14, 15, y 17 (estos capítulos repartidos entre los domingos V, VI, y VII de los tres ciclos).

Por otra parte, el actual leccionario ferial romano, con una única propuesta de lecturas para todos los años, comienza la lectura continua del evangelio según san Juan, en el lunes de la IV semana de Cuaresma y la concluye el sábado anterior a Pentecostés⁸. Los textos de las *controversias* de Jesús con los dirigentes judíos –particularmente en los capítulos 5, 7, 8, 10, 11, y 12– son leídos en las ferias de las semanas IV y V de Cuaresma; mientras que el resto de textos, particularmente los *signos* y

⁸ Con la única salvedad del miércoles santo en que se lee Mt 26,14-25, la traición de Judas; así como el lunes, miércoles, jueves y sábado de la octava de Pascua que se leen las perícopas de las apariciones del Resucitado según los evangelios sinópticos.

los *discursos* joánicos de revelación, se leen en las ferias del tiempo de Pascua, desde el lunes de la II semana hasta el jueves de la VII semana⁹.

El actual leccionario ambrosiano de 2008 parte del principio de lectura catequético-temática del leccionario, más que de la lectura cursiva del actual leccionario romano y del tradicional leccionario bizantino¹⁰.

Las lecturas dominicales se estructuran también en tres ciclos de lecturas, aunque las distribuye en tres partes a lo largo del año: el misterio de la Encarnación del Señor –desde el inicio del Adviento hasta el sábado anterior al primer domingo de Cuaresma–, el misterio de la Pascua del Señor –desde el primer domingo de Cuaresma, hasta Pentecostés–, y el misterio de Pentecostés –desde el lunes siguiente a Pentecostés, hasta el sábado anterior al primer domingo de Adviento–.

Contiene un ciclo único para la Cuaresma y la Pascua, marcado por las lecturas del evangelio según san Juan en todos los domingos, menos en el primero de Cuaresma en el que lee siempre el relato de las Tentaciones según san Mateo. En el domingo II de Cuaresma, llamado de la Samaritana, se lee Jn 4,5-42; en el domingo III, llamado de Abrahán, se lee Jn 8,31-59; en el IV, llamado del Ciego, se lee Jn 9,1-38, en el V, llamado de Lázaro, se lee Jn 11,1-52; y en el domingo de Ramos se lee Jn 11,55-12,11 que contiene el relato de la condena de Jesús por parte del Sanedrín y la entrada triunfal en Jerusalén; reservando la lectura de la Pasión para los días de la Semana Auténtica y del Triduo Pascual.

En los domingos del tiempo Pascual se lee el evangelio según san Juan: Jn 20,11-18 en el domingo de Pascua, y Jn 20,19-31 en el domingo de la Octava. El resto de domingos presenta una selección de textos joánicos extraídos de las perícopas que nos revelan la identidad de Jesús (Jn 1,29-34: Cordero de Dios; 8,12-19: Luz del mundo; 10,11-18 y 10,27-30:

⁹ El martes y el viernes de la octava de Pascua se proponen las perícopas joánicas Jn 20,11-18 y 21,1-14, así como el viernes y el sábado de la VII semana se leen Jn 21,15-19 y 21,20-25. De esta manera el inicio y el final del tiempo Pascua se consagra a las apariciones del Resucitado.

¹⁰ El actual leccionario romano hace una lectura temática de las perícopas bíblicas durante las ferias del tiempo de Adviento y de Cuaresma; mientras que en las ferias privilegiadas de Adviento, durante las dos últimas semanas de Cuaresma, así como durante el tiempo de Navidad, Pascua y Ordinario opta por una lectura cursiva o semicontinua de los libros bíblicos propios de cada tiempo. El leccionario bizantino, ya desde antiguo optó por una lectura cursiva de los textos bíblicos, a lo largo del año litúrgico.

Buen Pastor), y de los discursos de despedida de Jesús en los c. 13, 14, 15, 16, y 17.

En las ferias de Cuaresma, el leccionario ambrosiano hace una lectura seguida del Sermón de la Montaña (cf. Mt 5-7) desde el lunes de la primera semana hasta el jueves de la cuarta semana¹¹. Durante la quinta semana se leen unas perícopas seleccionadas de Marcos (8,27-33), de Lucas (18,31-34) y de Juan: 6,63-71 (martes), y 7,43-53 (jueves). En cambio, en las ferias del tiempo de Pascua se hace una lectura continuada de todo el evangelio según san Juan, excluyendo los textos ya leídos en el Triduo Pascual y en los domingos de Cuaresma y de Pascua.

El actual leccionario hispánico data de 1991¹², y ha sido elaborado a partir de una selección ecléctica de dos tradiciones manuscritas previas del rito mozárabe; de esta manera presenta una selección de lecturas distribuidas en dos ciclos, I y II, para los domingos y fiestas del Señor del Año litúrgico. Cabe señalar que, a diferencia de otros ritos, para las ferias no se han incorporado lecturas propias, excepto las del tiempo de Cuaresma, las de la Semana Mayor, y las de la Octava de Pascua.

El evangelio según san Juan es leído desde el domingo II de Cuaresma hasta el domingo de Ramos, inclusive¹³. Y en los domingos I, II, III, IV, Ascensión y Pentecostés del ciclo I del tiempo de Pascua; así como los domingos II, IV, V, VI y Pentecostés, del ciclo II¹⁴. En las ferias de Cuaresma el leccionario hispánico hace una lectura semicontinua del evangelio según san Juan, hasta el capítulo 12. Lee, además, el c. 21 en el viernes y el sábado de la octava de Pascua, así como también Jn 3,1-15 y Jn 14,23-31 en el sábado anterior a Pentecostés (en el ciclo I y II, respectivamente).

¹¹ Los viernes y los sábados de Cuaresma no se celebra la eucaristía. En las vísperas de los viernes de Cuaresma se antepone, en el rezo comunitario, una celebración de la palabra vigiliar, con lecturas del Antiguo y del Nuevo Testamento, pero sin evangelio.

¹² Llamado propiamente *liber commicus* porque acompaña al Misal, que, a su vez, es llamado también en ocasiones *liber mysticus*.

¹³ Domingo II de Cuaresma (4,3-42), el domingo III (9,1-38), el domingo IV (7,2-30), el domingo V (11,1-52), y el domingo de Ramos (11,55-12,13).

¹⁴ Ciclo I: domingo de Pascua (20,1-18), el domingo de la Octava (20,19-31), el domingo III (5,1-18), el domingo IV (4,45-54), Ascensión (16,5-22), y Pentecostés (14,15-27). Ciclo II: domingo de la Octava (20,19-31), el domingo IV (13,33-14-33), el domingo V (15,1-15), el domingo VI (16,19-33), y Pentecostés (15,26-27; 16,12-15; 17,1-3.11.21.22.24-26).

El leccionario bizantino¹⁵, con una estructura más simple que otros ritos litúrgicos, hace una lectura continua de los cuatro evangelios a lo largo del año litúrgico. El evangelio según san Juan es leído en todo el tiempo pascual, desde el domingo de Pascua hasta Pentecostés. Desde el lunes posterior a Pentecostés, y durante diecisiete semanas, lee el evangelio según san Mateo, al que le sigue el evangelio según san Lucas durante diecisiete semanas más, reservando el evangelio según san Marcos el resto del año hasta Pascua, e incluyendo, por lo tanto la Cuaresma.

Durante la Cuaresma el evangelio según san Juan es leído en el primer domingo (1,43-51), en el sábado anterior a Ramos (11,1-45), y en el domingo de Ramos (12,1-18). En los domingos de Pascua, las perícopas elegidas son: en Pascua (1,1-17), la Octava (20,19-31), el domingo IV (5,1-15), el domingo V (4,5-42), el domingo VI (9,1-38), el domingo VII (17,1-13), y Pentecostés (7,37-52; 8,12).

Así vemos que, tanto en las tradiciones litúrgicas latinas como en la bizantina, el evangelio según san Juan está relacionado con los tiempos litúrgicos de Cuaresma y Pascua, es decir, con la etapa principal del año cristiano, aquella que celebra el Misterio Pascual de Jesucristo, muerto y resucitado; ocupando, en buena medida, las lecturas dominicales de estos dos tiempos litúrgicos, aunque no de modo exclusivo.

Por lo que se refiere a la lectura semicontinua ferial, el leccionario hispánico reserva la lectura del evangelio según san Juan para la Cuaresma; mientras que los leccionarios ambrosiano y bizantino la reservan para las ferias del tiempo pascual¹⁶. Ello muestra una diferencia hermenéutica notable: mientras que en el primer caso el evangelio según san Juan va leído y comprendido como preparación al drama de la Pascua del Señor; en los otros dos casos es propuesto como expresión de la identidad divina de Jesús, manifestada en la Pascua.

En cambio, el leccionario romano actual opta por una solución intermedia, reservando las controversias de Jesús con los dirigentes judíos para las dos últimas semanas de Cuaresma, mientras que los signos y los

¹⁵ Cf. PATRIARCAT DE SÈRBIA, ESSLÉSIA ORTODOXA ESPAÑOLA, *Sant evangeli. Conforme al que és llegit en les esglésies*, Barcelona 2000 (http://www.iglesiaortodoxa.es/biblioteca/Biblia_EVANGELIARI.pdf consulta efectuada el 1 de abril de 2016). Este leccionario es fiel aún hoy en día a la tradicional distribución bizantina de las perícopas evangélicas.

¹⁶ De hecho el rito ambrosiano muestra influencias bizantinas en diversos elementos y momentos de su estructura.

discursos de revelación se leen durante las ferias del tiempo pascual. Así el leccionario romano, por una parte ve en las controversias joánicas la anticipación del drama de la Pasión, y en los otros textos una manifestación anticipada de la gloria del Resucitado. De esta manera su clave hermenéutica es mixta: el evangelio según san Juan desvela, al mismo tiempo, el drama interno de la Pasión y revela al Resucitado anticipándose ya en sus signos y discursos.

Veamos ahora cinco ejemplos de la diversa hermenéutica que los distintos contextos litúrgicos introducen en la comprensión de algunas perícopas joánicas. Tomamos las perícopas que la liturgia romana reserva para los domingos III a V de Cuaresma en el ciclo A; tomaremos, también, las dos primeras perícopas joánicas –correspondientes al lunes y martes de la semana IV de Cuaresma– de la lectura ferial semicontinua.

4. LA PERÍCOPA DE LA SAMARITANA Y SU INTERPRETACIÓN EN LOS DIFERENTES CONTEXTOS LITÚRGICOS

La acción de la perícopa de la Samaritana (cf. Jn 4,5-42) sucede en la comarca de Samaría, y en ella Jesús, cansado, se detiene junto al pozo de Jacob y pide de beber a una mujer samaritana que acude en aquel momento a sacar agua del pozo.

El centro de la perícopa está formado por dos diálogos (v. 7-26 y 31-38) a través de los cuales Jesús se manifiesta sucesivamente a la mujer samaritana y a los discípulos, para que, al final, los samaritanos en bloque acojan a Jesús.

En el diálogo con la mujer Jesús se revela como agua viva que salta hasta la vida eterna, pero también como verdadero esposo, como intermediario «en espíritu y en verdad» en el culto tributado al Padre, y como Mesías. A los discípulos les revela que su alimento es hacer la voluntad del que lo ha enviado. Y los samaritanos de aquel lugar, al tercer día, lo confiesan como el Salvador del mundo.

Mientras que algunos exegetas consideran la perícopa como una etapa de la revelación cristológica de Jesús¹⁷, otros se centran en la acogida de los samaritanos, considerados éstos como tipos los creyentes: la

¹⁷ Por ejemplo J. J. BARTOLOMÉ, *Cuarto Evangelio y Cartas de Juan. Introducción y comentario*, Madrid 2002, 190-199.

incredulidad inicial de la samaritana (v. 1-15), su fe parcial (v. 29), la fe plena de los samaritanos (v. 39-42). Los discípulos son interpretados como segadores asociados a Jesús en la tarea misionera entre los no judíos (v. 31-38)¹⁸.

La liturgia romana lee la perícopa de la Samaritana en el domingo III de Cuaresma del ciclo A. Esta perícopa es leída después de las dos perícopas dominicales de las Tentaciones de Jesús (domingo I) y de su Transfiguración ante Pedro, Santiago y Juan (domingo II), tomadas ambas, en dicho ciclo, del evangelio según san Mateo. Si el relato de las Tentaciones acentúa la fidelidad de Jesús a Dios a pesar de la debilidad de su humanidad, sujeta a la tentación de la carne; el relato de la Transfiguración acentúa, con rasgos apocalípticos, la divinidad de Jesús que se esconde tras su humanidad y del futuro escarnio en Jerusalén al que se verá sometido, de acuerdo con las Escrituras, representadas en Moisés y Elías, la Ley y los Profetas.

De esta forma, en continuidad con los dos primeros domingos de Cuaresma, que sitúan a la comunidad litúrgica en la contemplación del misterio de Jesucristo: verdaderamente Dios en una humanidad igualmente verdadera y pasible, el tercer domingo propone claramente el carácter mesiánico de Jesús: él es el Agua viva, el Esposo del pueblo, la Verdad y el Espíritu que nos conducen a la adoración del Padre, y el Salvador del mundo... porque su vida se nutre de la voluntad de Aquél que lo ha enviado.

Este carácter mesiánico de Jesús se prolongará además en las dos perícopas de los domingos siguientes: la del Ciego de nacimiento (Jn 9,1-38), y la de la resurrección de Lázaro (Jn 11,1-45). En la primera de éstas se va desvelando progresivamente el misterio mesiánico de Jesús, en boca del ciego y del propio Jesús: ese hombre, no es un pecador, es un profeta, viene de Dios, es el Hijo del hombre, es el Señor. En la segunda, es el propio Jesús quien se manifiesta, ante Marta y María, hermanas del difunto Lázaro, como la Resurrección y la Vida, afirmando además que quien crea en él no morirá para siempre.

¹⁸ Por ejemplo F. MOLONEY, *El evangelio de Juan*, Estella 2005, 135-170. Este autor interpreta además la perícopa como el inicio del cumplimiento de Jn 3,16 («Tanto amó Dios al mundo que...»), revelándose Jesús no sólo a los judíos, sino también a los no judíos, comenzando por los samaritanos; por lo tanto también desde el punto de vista misionero. También J. BEUTLER, *Comentario al evangelio de Juan*, Estella 2016, 112-129.

Las liturgias ambrosiana e hispana introducen un matiz diverso. Si bien en el primer domingo de Cuaresma leen, ellas también, la perícopa mateana de las Tentaciones, al leer la perícopa de la Samaritana como texto del segundo domingo de Cuaresma –excluyendo la perícopa de la Transfiguración del ciclo cuaresmal– le privan a dicha perícopa del carácter mesiánico, complementario de las dos anteriores, que posee en la liturgia romana. Es decir, la lectura de las Tentaciones en el primer domingo ya no tiene una función *crisológica*, puesto que ya no se complementa con la perícopa de la Transfiguración, sino que su función es puramente *ejemplar*: los cuarenta días de ayuno de Jesús sirven de modelo para los cuarenta días de ayuno de la comunidad cristiana. Y la lectura de la perícopa de la Samaritana sólo puede enlazar ahora con las de los domingos siguientes. Y ello tanto en la liturgia ambrosiana como en la hispana, aunque con matices diversos, como veremos más adelante.

La liturgia bizantina, en cambio, reserva esta perícopa para el domingo V de Pascua. Y es que las lecturas dominicales de la pascua bizantina presentan una estructuración propia, diferente de la de las liturgias latinas.

Así, en el leccionario bizantino, en el *domingo de Pascua* se proclama el prólogo joánico (Jn 1,1-17) en el que Jesucristo es confesado como Verbo, como Luz, como Vida, y como Revelador del Padre para cuantos lo acogen y creen en él; en el *domingo de la Octava* es proclamado Jn 20,19-31, el evangelio de la doble aparición a los Once –sin y con Tomás– «al anochecer de aquel día» y «a los ocho días». Esta perícopa en este día es común a las cuatro tradiciones litúrgicas que estamos comentando: romana, ambrosiana, hispánica y bizantina. El motivo de su lectura en este día resulta evidente: reproduce la cronología joánica de la aparición del Resucitado a los suyos en Jerusalén. En el *domingo III*, denominado de las *Mirróforas* (las Portadoras de Mirra), es leída la perícopa de Mc 15,43-16,8, centrada en la sepultura de Jesús y en María Magdalena, María la de Santiago y Salomé, que se aprestan el domingo por la mañana para ir a embalsamar a Jesús, recibiendo el anuncio de la resurrección por parte del ángel. En el *domingo IV* se proclama la perícopa de la curación del paralítico en la piscina de Betesda (Jn 5,1-11) en la que Jesús se revela como portador de salud y de perdón, y que comentaremos más adelante. En el *domingo VI* se lee la perícopa del Ciego de nacimiento (Jn 9,1-38), que accede a la iluminación por la fe y el baño en el agua de Siloé, es decir del Enviado. En el *domingo VII* se lee Jn 17,1-13, que

contiene la primera mitad de la intercesión de Jesús al Padre por los suyos, y la mención de la despedida de Jesús. Y, finalmente, en *Pentecostés* se proclama Jn 7,37-52; 8,12, que compara la acción del Espíritu en el discípulo como una fuente de agua viva, y que se prolonga en una discusión sobre el origen del Mesías en la que interviene Nicodemo, y una frase final de revelación en la que Jesús se presenta como la Luz del mundo¹⁹.

En este contexto la lectura de la perícopa de la Samaritana adquiere una nueva comprensión, más explícitamente bautismal. De hecho, en la Pascua bizantina, el conjunto de los domingos IV, V y VI está marcado por el común denominador del agua que sana y colma la sed. Después de la curación del paralítico que yace esperando la ocasión de acceder al agua de la piscina, la mujer samaritana se abre a la fe en el Mesías gracias al agua viva que le ofrece Jesús para calmar su sed; y el ciego de nacimiento que se acerca a Siloé donde encontrará el agua que le abrirá los ojos con los que será capaz de reconocer en Jesús al Señor de su vida.

5. LA PERÍCOPA DEL CIEGO DE NACIMIENTO Y SU INTERPRETACIÓN EN LOS DIFERENTES CONTEXTOS LITÚRGICOS

La perícopa del Ciego de nacimiento, en Jn 9,1-38, es proclamada por el leccionario romano el domingo IV de Cuaresma. La acción de la perícopa ya no sucede en Samaría, como en el domingo anterior, sino en la ciudad de Jerusalén. Todo discurre alrededor de la cuestión del pecado que le preguntan los discípulos a Jesús. El ciego de nacimiento es curado por Jesús después de lavarse en las aguas de Siloé. Jesús ha pecado al haber curado en sábado y, además, haberlo hecho amasando barro con su saliva. El ciego es declarado pecador por los dirigentes judíos por haberse prestado a ello y por negarse a declarar a Jesús como pecador. Después de verse expulsado de la Sinagoga, y tras el encuentro con Jesús, declara su fe en Jesús como Hijo del hombre y como Señor,

¹⁹ El hecho de mezclar en una misma lectura fragmentos de capítulos diversos de un mismo evangelio sucede ocasionalmente en la liturgia bizantina. También en la liturgia hispánica, donde incluso se yuxtaponen en la misma perícopa litúrgica fragmentos de evangelios distintos. Fenómeno este desconocido en la liturgia romana y en la ambrosiana.

postrándose ante él. Al final Jesús declara ante los dirigentes judíos que el verdadero pecado es negarse a creer.

La exégesis centra esta perícopa en la cuestión sobre el pecado: «¿Maestro, quién pecó, éste o sus padres...?» (9,2). A lo largo del diálogo que sigue a la curación son tres los pecados que se atribuyen: a Jesús el haber curado en sábadó haciendo barro²⁰; al ciego el negarse a reconocer el pecado de Jesús; a los dirigentes judíos el no creer en Jesús²¹. También se reconoce el camino de fe que recorre el ciego, al que no sólo se le han abierto los ojos del cuerpo, sino también los del espíritu, iluminados por Jesús, que es «la luz del mundo» (9,5)²².

En el leccionario romano, esta perícopa joánica, en continuidad con la de la Samaritana del domingo anterior, abunda en el proceso de fe que hace el protagonista: de un personaje pasivo, que se deja curar por Jesús e interrogar por los vecinos y dirigentes judíos, al final es capaz de plantar cara a éstos y expresar su fe en aquel.

El leccionario ambrosiano lee esta perícopa también en contexto cuaresmal, en el IV domingo; pero, a diferencia del leccionario romano, tal como hemos señalado anteriormente, su lectura no sigue inmediatamente a la perícopa de la Samaritana, sino que entre ambas proclama Jn 8,31-59 en el III domingo, denominado de Abrahán. En esta lectura Jesús se propone como mayor que Abrahán, porque «antes que Abrahán existiera, yo soy» (v. 58). Abrahán fue una persona libre porque renunció a todo, abandonando la tierra de sus antepasados, para ponerse al servicio de la promesa de Dios. Los dirigentes judíos no son hijos de Abrahán pues no actúan como él, sino que son esclavos de sus prejuicios y de su falta de confianza: «El que es de Dios, escucha las palabras de Dios; por eso vosotros no escucháis, porque no sois de Dios» (v. 47). Es más, los acusa de ser hijos del diablo, que es el padre de la mentira. La escena acaba con el intento de apedrear a Jesús, del que Jesús escapa. En esta escena se muestra el fuerte contraste entre los dirigentes judíos, y ya se

²⁰ Así en la *Misná*, *Sab* VII, 2 y VIII, 1.

²¹ Por ejemplo J. J. BARTOLOMÉ, *Cuarto Evangelio y Cartas de Juan. Introducción y comentario*, Madrid 2002, 249-255.

²² Por ejemplo F. MOLONEY, *El evangelio de Juan*, Estella 2005, 304-314. También J. BEUTLER, *Comentario al evangelio de Juan*. Estella 2016. Este autor remarca la unidad literaria de los capítulos 9 y 10 del evangelio, en la línea de C. H. DODD, *La interpretación del cuarto evangelio*, Madrid 2004 (original de 1953) 409-417. Para Beutler la perícopa invita a confesar sin temor la fe en Jesús, incluso bajo el riesgo de la exclusión de la sinagoga (cf. 238-252).

entrevé el trágico final de Jesús. El contraste se marca igualmente entre la fe / la verdad, y la incredulidad / la mentira. Los creyentes, catecúmenos o bautizados, se encaran ante la disyuntiva de optar por Jesús o rechazarlo; la opción por él muestra a los auténticos hijos de Abrahán, que no lo son más por la sangre, sino por la fe.

Es en este contexto que la perícopa del ciego de nacimiento ofrece un ejemplo concreto de auténtico hijo de Abrahán. Aunque aparentemente ha nacido ciego por el pecado de sus padres, su obediencia a Jesús y su posicionamiento frente al tribunal judío, así como su reconocimiento del mesianismo y de la divinidad de Jesús... lo manifiestan como auténtico *hijo de Abrahán*, en contraste con los dirigentes judíos que, por su incredulidad y su ceguera, se han apartado de las actitudes del padre de Israel. Con ello se ha perdido el hilo entre la Samaritana y el ciego de nacimiento como ejemplos de judíos marginales que se integran en el círculo de seguidores de Jesús por la fe.

La liturgia hispánica, en este caso, sigue los pasos de la liturgia romana y lee el episodio del ciego de nacimiento inmediatamente a continuación del de la Samaritana.

La liturgia bizantina lee igualmente la perícopa del ciego a continuación de la de la Samaritana, pero, esta vez, en el contexto del tiempo pascual. Con ello el acento ya no recae en el proceso de reconocimiento progresivo del carácter mesiánico y divino de Jesús, que desemboca en su fe en él, típico del proceso catecumenal; sino en la revelación progresiva de la identidad divina del hombre Jesús: él es el agua de vida eterna (cf. 4,14), «el espíritu y la verdad» (4,24), el «Salvador del mundo» (4,42). Pero es también el que manifiesta las obras de Dios (cf. 9,3), «la luz del mundo» (9,5), el Enviado (cf. 9,7), el que viene de Dios (cf. 9,33), «el Hijo del hombre» (9,35), el «Señor» (9,38), el que ha venido a juzgar el mundo (cf. 9,39). Toda una revelación anticipada de la identidad del Resucitado, que se revela plenamente en el tiempo pascual.

La perícopa del ciego de nacimiento, en el contexto litúrgico romano, muestra el progresivo reconocimiento de la identidad de Jesús. Desde la duda y la suspicacia inicial, se avanza, por parte del hombre ciego, en la confesión de que no puede ser pecador, sino que proviene de Dios, y es el Señor. Los contextos ambrosiano e hispánico, dan a esta perícopa un carácter ejemplar, al presentar al ciego como modelo de superación del pecado de ceguera gracias a la fe en Jesucristo y al lavado en las aguas de la piscina. El contexto bizantino, en cambio, resalta el carácter

bautismal de la perícopa, que puede pasar por alto tanto en el ámbito exegetico como en las liturgias latinas.

6. LA PERÍCOPA DE LA RESURRECCIÓN DE LÁZARO Y SU INTERPRETACIÓN EN LOS DIFERENTES CONTEXTOS LITÚRGICOS

La tradición exegetica ve en la resurrección de Lázaro (11,1-45), el amigo de Jesús, una parábola histórica de la muerte y la resurrección de Jesús: anticipa su confrontación personal con la muerte y ejemplariza la victoria personal de Jesús. Ya que, tras este signo, los judíos decretarán su muerte (11,46-54)²³.

La liturgia romana, la ambrosiana y la hispánica leen esta perícopa en el V domingo de Cuaresma. La liturgia bizantina la lee el sábado antes del domingo de Ramos: todas ellas en clima cuaresmal, anticipando ya el drama que se cierne sobre Jesús. En este contexto el signo de la resurrección de Lázaro aparece como profecía de la muerte y de la resurrección de Jesús, que se leerá, en el caso de la liturgia romana, en el domingo siguiente, llamado de Pasión o de Ramos, y en el Viernes Santo; y en el caso de la liturgia ambrosiana, hispánica y bizantina en el Jueves y en el Viernes Santos. Estas tres últimas liturgias coinciden, además, en alargar la perícopa leyendo además las consecuencias que tuvo para Jesús la resurrección de su amigo Lázaro: la decisión del Sanedrín de acabar con Jesús (Jn 11,1-52)²⁴.

²³ Así, por ejemplo, J. J. BARTOLOMÉ, *Cuarto Evangelio y Cartas de Juan. Introducción y comentario*, Madrid 2002, 262-270. Según R. FABRIS, la resurrección de Lázaro no sólo anticipa la de Jesús, sino que provoca su condena por parte de las autoridades judías (cf. *Giovanni*, Roma 2003, 623). En la misma línea, F. MOLONEY, *El evangelio de Juan*, Estella 2005, 336-348, para el autor la fuerza del relato no recae tanto en el cómo de la resurrección de Lázaro, sino en que ésta provoca la aceptación por parte de todos los presentes de que Jesús es el hijo del Padre, el Enviado de Dios, el revelador de la gloria de Dios (v. 42; cf. v. 4). Igualmente J. BEUTLER, *Comentario al evangelio de Juan*, Estella 2016, 275-293, considera los capítulos 11 y 12 a la vez como el final de la sección de los signos y el prólogo al libro de la pasión, dada la decisión de dar muerte a Jesús (cf. Jn 11,47-54) y la entrada triunfal de éste en Jerusalén (cf. Jn 12,1-11).

²⁴ Estos versículos finales la liturgia romana los lee, desgajados de la perícopa de Lázaro, el mismo sábado antes del domingo de Ramos.

De esta manera, la liturgia romana completa la serie de tres domingos –de la Samaritana, del Ciego y de Lázaro– que siguen a los dos primeros de las Tentaciones y de la Transfiguración. La perícopa de Lázaro, la última de la serie, de esta manera, no sólo es profecía del misterio paschal de Jesucristo, sino que también culmina el camino de la revelación cristológica: la confianza de Marta y de María en el poder sanador de Jesús, así como la fe de Marta en la resurrección provocan la revelación última de Jesús: «Yo soy la Resurrección y la Vida; el que cree en mí, aunque haya muerto vivirá...» (Jn 11,25-26).

Ya hemos visto que en la liturgia ambrosiana y en la hispana estas tres perícopas se combinan con una cuarta perícopa: la perícopa de Abrahán (Jn 8,31-59), en el primer caso, y la de Moisés (Jn 7,2-30), en el segundo. En estas dos liturgias no son sólo tres, sino cuatro las perícopas que deben combinarse. Ello ocasiona que se introduzcan nuevos matices: el ejemplar y el tipológico. Frente al rechazo de los dirigentes judíos la liturgia ambrosiana propone la fe de la mujer samaritana, la fe del patriarca Abrahán, la fe del pecador ciego, y, finalmente, la fe de la judía Marta. La fe de todos ellos invita a purificar la fe de la comunidad cristiana en su camino cuaresmal. Y en la liturgia hispana se gana, además, una correlación tipológica: Jesús es más que Moisés, y los dirigentes judíos en su pretensión de fidelidad al Legislador rechazan a Jesús, que es reconocido y creído por la mujer samaritana, por el ciego, y por las hermanas de Lázaro.

Cabe así destacar la comparación que establecen tanto la liturgia cuaresmal ambrosiana como la hispánica entre Jesucristo y alguno de los personajes de la tradición judía: Abrahán en el caso ambrosiano, y Moisés en el caso hispánico. La Cuaresma, por lo tanto, en estas dos liturgias, introduce la meditación de la superioridad de Jesucristo sobre el padre del pueblo y su legislador, al tiempo que apunta al carácter mesiánico de Jesús.

La Cuaresma bizantina no posee el sentido cristológico de la liturgia romana²⁵, por lo que la lectura de la perícopa de Lázaro, en el sábado

²⁵ Las lecturas de los domingos de Cuaresma en la liturgia bizantina apuntan, más bien, a las actitudes del discípulo en el seguimiento de Jesús: I domingo: Jn 1,43-51 (los primeros discípulos); II domingo: Mc 2,1-12 (el perdón que cura); III domingo: Mc 8,34-9,1 (instrucción sobre el seguimiento); IV domingo: Mc 9,17-31 (el poder de la oración y anuncio de la pasión); V domingo: Mc 10,32-45 (curación del ciego Bartimeo).

antes de Ramos, sólo puede interpretarse como profecía de la inminente muerte y resurrección de Jesucristo.

De esta manera las liturgias se hacen eco de los dos aspectos que la exégesis destaca en la perícopa de la resurrección de Lázaro. Por una parte las liturgias latinas acentúan el carácter revelador de la identidad de Jesús: él es el hijo de Dios, el Enviado del Padre, más que Abrahán y que Moisés. Mientras que la liturgia bizantina prioriza el carácter profético de la resurrección de Lázaro con respecto de la de Jesús.

7. OTRAS DOS PERÍCOPAS Y SU INTERPRETACIÓN EN LOS DIFERENTES CONTEXTOS LITÚRGICOS

Podemos considerar, finalmente, el uso de otras dos perícopas joánicas que la liturgia romana lee en las ferias de la cuarta semana de Cuaresma, justo al comenzar la lectura del evangelio según san Juan, que se prolongará hasta el final del tiempo de Pascua. Pero que las liturgias ambrosiana, hispana y bizantina leen en contexto pascual.

La serie de controversias que caracterizan la lectura romana del evangelio según san Juan en los días feriales de las semanas IV y V del tiempo de Cuaresma comienza con Jn 4, 46-54 (la curación del hijo del funcionario real de Cafarnaún)²⁶ y Jn 5,1-16 (la curación del paralítico de la piscina de Betesda).

Mientras que la segunda de estas dos perícopas menciona el perdón de los pecados, y dará origen a la controversia entre Jesús y los judíos que se prolonga a lo largo del c. 5 del evangelio según san Juan; la primera de ellas no desemboca en ninguna controversia, más bien acentúa el carácter extraordinario del poder curador de Jesús que consigue sus efectos incluso a distancia. Es por ello que la perícopa de la curación del hijo del funcionario real sorprende ubicada en su actual contexto en el

²⁶ La exégesis de esta perícopa se centra en los detalles paralelos entre la narración joánica y la sinóptica (Mt 8,5-13 y Lc 7,1-10), señalando la iniciativa de Jesús en el texto joánico, en el reproche, y en que la fe constituye el efecto último, y no la condición, del milagro. Por otra parte, este «segundo signo» de Jesús conviene leerlo en paralelo al «primer signo» de Jn 2,1-11. Ambos signos desembocan en la fe del grupo de discípulos, y de la familia del funcionario real. Cf. J. J. BARTOLOMÉ, *Cuarto Evangelio y Cartas de Juan. Introducción y comentario*, Madrid 2002, 199-202; F. MOLONEY, *El evangelio de Juan*, Estella 2005, 171-184.

leccionario romano, puesto que casaría mejor en un contexto pascual. Y efectivamente es en contexto pascual que se lee Jn 4,46-54 en la liturgia hispánica: domingo IV de Pascua, ciclo I; y en la liturgia bizantina: lunes de la III semana de Pascua²⁷.

Su actual contexto romano en el lunes de la IV semana de Cuaresma mueve a leer e interpretar la perícopa en contraste con la manifiesta incredulidad de los judíos frente a la revelación de Jesús, que se irá desgranando en las lecturas evangélicas de las ferias posteriores, hasta la vigilia de Ramos. La fe del funcionario de Cafarnaún contrasta con la incredulidad de los judíos de Jerusalén.

La segunda de las perícopas mencionadas cuadra bien en el contexto cuaresmal en el que la proclama el leccionario romano, pues por una parte relaciona la curación de la enfermedad con el perdón de los pecados y por otra desemboca en la primera de las grandes controversias del evangelio según san Juan. Sin embargo el conjunto de las otras liturgias la sitúa siempre en el contexto pascual, al igual que el episodio de la curación del hijo del funcionario de Cafarnaún. Así la liturgia ambrosiana lee la perícopa del paralítico de la piscina de Betesda en el miércoles dentro de la octava de Pascua, en la misa para los bautizados (Jn 5,1-9); la liturgia hispánica lo lee en el domingo II de Pascua, ciclo I (Jn 5,1-18); y la liturgia bizantina en el domingo IV de Pascua (Jn 5,1-15)²⁸.

²⁷ La liturgia ambrosiana la lee en el V domingo después de Epifanía, ciclo A. Esta liturgia dedica los domingos posteriores a la Epifanía a prolongar las manifestaciones de Jesús ante sus primeros discípulos, en paralelo a las manifestaciones del Resucitado a sus discípulos durante las ferias siguientes a Pascua. De hecho el contexto litúrgico epifánico, después de la celebración de la encarnación del Hijo de Dios en navidad, se corresponde teológicamente con el contexto pascua, después de la celebración de la pasión y muerte del Hijo del hombre en el Triduo pascual.

²⁸ Cabe notar la diversidad de delimitación de la perícopa en cada una de las cuatro liturgias comentadas. La romana considera Jn 5,1-16, la hispánica 5,1-18, y la bizantina 5,1-15; mientras que la ambrosiana considera sólo 5,1-9, es decir, exclusivamente el relato de la curación, lo cual mueve a interpretar este texto en clave de regeneración bautismal –callando la referencia al pecado como causa de la enfermedad–, y por este motivo reserva la perícopa a la misa para los bautizados en el miércoles de la octava de Pascua. Según J. BEUTLER, *Comentario al evangelio de Juan*, Estella 2016, 140-152, la conclusión original de la perícopa estaba en el v. 16 en el que Jesús es condenado como transgresor del sábado, como se percibe en el leccionario romano. Por otra parte, Beutler considera más acertada la unidad 5,1-18, de esta manera al curar Jesús en sábado y hacerse semejante a Dios, se justifica el empeño judío por acabar

De esta manera, mientras que en el contexto cuaresmal de la liturgia romana la perícopa del paralítico de la piscina de Betesda no hace sino inaugurar las controversias de Jesús con los dirigentes judíos, y que desembocarán en la decisión de hacerlo morir; en el contexto pascual de las otras liturgias aquí consideradas esta perícopa se presenta como una manifestación de la divinidad de Jesús («Mi Padre sigue actuando, y yo también actúo», Jn 5,17), que sana al paralítico y le perdona el pecado, haciendo de él un modelo para los bautizados, regenerados en el sacramento de la fe y del agua.

Por otra parte ya hemos señalado que los domingos IV, V, y VI de la pascua bizantina adquieren un carácter netamente bautismal por la presencia del agua en las perícopas evangélicas de estos tres domingos.

8. EL CONTEXTO LITÚRGICO COMO CLAVE HERMENÉUTICA ECLESIAL

El evangelio según san Juan, que presenta un estadio más reelaborado de la tradición evangélica, es leído y comentado por una amplia mayoría de las Iglesias como el evangelio que nos ayuda a recordar y a celebrar mejor los misterios salvíficos de Cristo, en el núcleo del año litúrgico que es el ciclo de Cuaresma-Pascua.

Nuestro estudio ha mostrado cómo unas mismas perícopas joánicas, adquieren un sentido diverso según el contexto litúrgico en el que se proclaman: *mesiánico-cristológico*, en el caso de la liturgia romana, en el que resalta la progresiva revelación del misterio de Jesús, hombre y Dios, a lo largo de dos series de perícopas: Tentaciones y Transfiguración en un primer momento, y Samaritana, ciego de nacimiento y resurrección de Lázaro, en un segundo momento; *ejemplar*, en el caso de la liturgia ambrosiana e hispánica, en el que la mujer samaritana, el ciego de nacimiento y las hermanas Marta y María son ejemplo del discípulo que se abre a un conocimiento progresivo de Cristo, camino de la Pascua; y *bautismal*, en la liturgia bizantina, que presenta, en el contexto pascual, un conjunto de tres perícopas en las que el agua adquiere una función casi sacramental: el agua de la piscina de Betesda que otorga la salud, el

con él; y así aparece en el leccionario hispánico. Sorprende la decisión bizantina de finalizar la perícopa litúrgica en el v. 15, antes de la conclusión lógica del v. 16.

agua del Mesías Jesús que calma toda sed, y el agua del Enviado – Siloé que abre a la visión de la luz del Mesías y Señor.

La lectura litúrgica de estas perícopas no hace sino validar y completar la lectura exegética de las mismas, que las comprende bien desde la clave de revelación cristológica, bien desde la clave del itinerario ejemplar de crecimiento en la fe de los discípulos, judíos o no. A ellas, la lectura litúrgica añade la clave bautismal: el agua –vista como referencia directa o indirecta a Jesús– ha puesto a los bautizados en el camino del discipulado del Resucitado y del empeño misionero, propio de la comunidad eclesial de los discípulos de Jesús.

Ciertamente, el contexto litúrgico de lectura eclesial de la Escritura completa la simple exégesis del evangelio según san Juan, cuya aportación referente al sentido original del texto, aun siendo necesaria y fundamental, puede resultar, en algunas ocasiones, curiosa, pero insuficiente para el creyente de hoy.

Las perícopas joánicas encuentran su significado pleno en el contexto litúrgico que las lee en el ámbito de la fe y de la celebración del Misterio Pascual de Cristo, en el seno de la comunidad cristiana.